

La eternidad

Manu S. Vicente

—Por ti no pasan los años, Tomás.

Fue lo primero que me dijo el viejo tras escrutar de arriba abajo mi flacucho semblante. Nunca imaginé el significado que cobrarían más tarde aquellas palabras. Cuando Uguizu me contrató como ayudante de su laboratorio del tiempo, así lo llamaba, nadie conocía mejor que él a ese enemigo silencioso que mina la existencia sin notarlo, como la termita transforma en polvo una secuoya. Yo no era más que un joven aprendiz de relojero, pero algo me decía que Uguizu estaba cansado, y necesitaba la ayuda de un discípulo para algo más que el mero hecho de apretar unas manecillas, ajustar los tornillos o arreglar un péndulo averiado. El día que entré en su hogar, el tic-tac de los relojes casi me deja sordo. Su casa era un gran estudio. Poco quedaba de aquel pequeño taller familiar que heredó de su padre, un hombre huraño muerto en extrañas circunstancias. Encontraron el cuerpo con su viejo *Bulova* de bolsillo en la mano, bien prieto junto al pecho. Cuentan que el forense tuvo que abrirle los dedos con unas tenazas, luchando contra el *rigor mortis* de las falanges, separándolas una a una como si fueran palancas de acero que estuvieran soldadas al bronce. Nadie sabe aún por qué agonizó mirando las manecillas, como si se le escapara la vida a golpe de segundero. Certificaron su muerte a las doce de la mañana, justo la hora que marcaba aquel reloj cuando frenó en seco, un minuto antes de cumplir los treinta años. Nadie pudo explicar por qué el aparato se había parado a la misma hora que su corazón. Dicen que antes de morir estuvo semanas estudiando el mecanismo de aquel artilugio, que abandonó todos los encargos del mes para descifrar el oscuro secreto que encerraban sus minúsculos elementos. Uguizu, cuando aún era casi un niño, cogió el reloj y masculló una promesa en voz baja, un murmullo que nadie se atrevió a comprender. Aquel chico se volvió un adolescente introvertido. Desde entonces jamás se ha separado del viejo *Bulova* de su padre.

Aún recuerdo la pequeña relojería. Era un local polvoriento y estrecho en el que Uguizu ajustaba esferas con el cristal flojo. Al fondo había un diminuto mostrador en el que recortaba correas, y a la derecha, una estantería atiborrada de máquinas de precisión. Las manejaba con la destreza de un cirujano. Sustituía con mimo los cuarzos dañados, “el corazón de la maquinaria”, decía, “el corazón que hace latir los relojes”. Junto a la pared izquierda se encontraba el minúsculo obrador donde grabó la dedicatoria de mi primera comunión en el envés de mi humilde *Longines* de acero. Aquel momento también está grabado en mi memoria a golpe de cincel. Desde ese instante, cuando los carillones de todos los relojes vociferaban las doce del mediodía, quise convertirme en relojero y manejar aquellas pinzas, ponerme el monóculo con forma de minúsculo telescopio, y pegar los números romanos que indicaban las horas. Pero casi nada quedaba de todo aquello.

El empeño en dominar el tiempo condujo a Uguizu a ampliar su hogar. Lo había convertido en un laboratorio infestado de relojes. El fondo de la estancia estaba preñado de barrocos artefactos de arena cuyas ampollitas se habían teñido de color sepia. Las estanterías estaban jalonadas con vasijas de vetustas clepsidras, a la izquierda estaban los aparatos de péndola, los de pared y los de cuco, y a la derecha, donde hace años reposaba el obrador de las grabaciones, descansaban relojes de pulsera; cientos, montones, rimeros de relojes pulsera, miles de tic-tac sonando al unísono. El paso del tiempo allí se hacía una constante insoportable. Todos eran mecanismos perfectos en los que Uguizu se había dejado la vida. Ya no se acordaba de su edad. Perdió toda noción temporal hacía demasiado. Ahora todos los relojes sufrían de carcoma, aunque enigmáticamente su pelo no se había convertido en nieve. Como si cada grano de arena, cada campanada, cada gota de agua, hubiera evitado los surcos ondulados que debería mostrar la frente de un anciano. Todo indicaba que el fornido cuerpo de Uguizu hubiera ganado la batalla a Cronos y el dios asumiera su derrota. Setenta y cinco años de lucha a brazo partido. Ni una sola aspereza

cruzaba su impenetrable rostro, ni una cana coloreaba su cabello negro, ni una mínima curvatura jalonaba su impresionante espalda.

Conseguí olvidarme de los miles de tic-tac y del sorprendente aspecto del anciano y centré mi atención en la cantidad de antigüedades que había en el estudio, como si un coleccionista de dos mil años de edad hubiera acumulado todo aquello. Fijé mi vista en el goteo de unas viejas clepsidras.

—¿Sabes para qué las usaban durante el Imperio Romano? —me dijo Uguizu cogiendo una por el asa.

—Para medir el paso del día, supongo —respondí algo perturbado ante los fríos ojos de aquel inquietante anciano.

—No, mi querido Tomás. Los romanos las utilizaban para medir el paso de la noche. Cuando se iba la luz diurna, los relojes de sol se convertían en trastos inútiles. Entonces ponían en marcha el agua de estos recipientes de barro. ¿Ves este de aquí? Tiene un depósito de cinco horas — Uguizu acarició el puchero como a un cachorro y lo volvió a colocar en el cerco de polvo que rodeaba la base. —En cambio, los relojes de arena miden lapsos de tiempo cortos y prefijados. La arena debe estar completamente seca para que no se atasque en el estrangulador —añadió.

Uguizu debía haberse jubilado hace años para disfrutar del tiempo que le quedaba, pero continuaba trabajando a destajo, día y noche, sin pausa. Los más lenguaraces jamás encontraron explicación a su energía desbordante ni a su aspecto juvenil. “El viejo hace brujería”, decían unos, “se oyen ruidos a través de las paredes. Debe ser el espectro de su padre, que ha vuelto para llevárselo”, señalaban otros. “Él lo mató para quedarse con todo, quizá el espíritu quiera vengarse”, aseguraban los más atrevidos. Pero toda la ciudad continuaba llevándole sus relojes averiados. Sin duda, era el mejor. No se le resistía ni la más complicada de las maquinarias suizas.

Jamás di crédito a las habladurías sobre Uguizu, pese a lo misterioso de algunos acontecimientos. Uguizu había tenido otros dos aprendices. Uno de ellos murió a los treinta años de un infarto en el interior de la relojería y

al segundo se lo tragó la tierra. Poco después de la desaparición puso un cartel en la puerta: “Necesito aprendiz de relojero”. Habían pasado años desde que grabó mi *Longines* en su obrador, pero siempre que podía paseaba ante el escaparate. Me fascinaba el espectáculo de las agujas dando vueltas, dictando el horario, imponiendo la vida. Una semana después de ver el cartel me decidí a entrar. Al día siguiente dejé mi trabajo en el ultramarinos y me convertí en el aprendiz del mejor relojero de la zona.

—Bien, ya sabes para qué se usaban los romanos las clepsidras. Ahora te explicaré tu cometido —dijo cogiéndome de la muñeca. Estaba helado. Parecía no tener pulso. —De momento harás pequeñas chapuzas, hasta que conozcas bien el oficio —. Y Uguizu comenzó a aleccionarme de un modo intensivo. Una agotadora instrucción: Esta herramienta es para desatornillar, la de más allá es para presurizar la caja, ésta de aquí endereza las manecillas torcidas, y este cuarzo no se debe poner nunca en un aparato alemán. El cuarzo es el corazón del reloj. Tras siete días de advertencias, rutinas, procedimientos, engranajes y métodos, me indicó que ya estaba listo para comenzar, no sin antes hacerme una severa advertencia.

—Tu labor se desarrollará de cara al público, en esta parte del taller. De momento te ocuparás de las menudencias y atenderás a los clientes. Pero jamás debes traspasar la puerta que hay al final —me ordenó en un tono castrense. —Ahí trabajo yo y no me gusta que me molesten. ¿Entendido?

—No entraré nunca sin su permiso —respondí desconcertado.

—¡No! ¡No me has entendido! ¡No entrarás jamás! ¡Ni con mi permiso, ni sin él! ¿De acuerdo? —me recriminó fuera de sí.

—Lo que usted diga, señor —dije amilanado mientras él consultaba la hora en su *Bulova* de bolsillo.

En unos meses ya conocía los entresijos más rudimentarios del oficio, y achaqué las canas que comenzaron a habitar en mi coronilla al frenético ritmo impuesto por el viejo. Sin embargo, Uguizu parecía cada vez más joven y enérgico. En un año me convertí en un excelente profesional.

Mientras tanto, el prestigio de mi jefe siguió creciendo y no dejaban de llegar pedidos a la tienda. Cientos de clientes acudían para arreglar sus relojes malheridos, ruedas atascadas, retrasos injustificables o mecanismos acelerados. Nada se resistía a la habilidad del viejo artesano. Mientras yo me ocupaba de magulladuras y contusiones en la enfermería pública, él soldaba fracturas abiertas y cosía graves cortes en su quirófano privado. Comencé a asumir mayores responsabilidades, encargos más complejos y laboriosos. Un hombre bajito y risueño llamado Don Pablo me trajo un motor de resorte abollado. Aquel cliente había venido hacía unos meses con una campana horaria atascada que Uguizu desatrancó en su inaccesible habitáculo. Recuerdo que Don Pablo aún tenía pelo y parecía menos encorvado. Por aquella época, Doña Asunción, una anciana del extrarradio, nos pidió que le solucionásemos un pequeño problema, y aunque se trataba de una chapuza de poca monta, mi jefe se hizo cargo. A los dos días leí la esquila de la anciana en el periódico. Los usuarios a los que había atendido yo durante esos meses no cambiaban ni un ápice cuando regresaban a la relojería, pero sobre los clientes de Uguizu pesaba una extraña losa, como si sus columnas vertebrales encogieran y la cadencia de sus pasos disminuyera hasta caminar con pequeñas zancadas casi imperceptibles.

Apenas veía a Uguizu. Se enterraba todo el día tras la pesada puerta de madera del fondo. Ni siquiera solía despedirme de él. Cerraba la trapa de la tienda y lo dejaba dentro con sus artilugios. Todos los días llegaban nuevos aparatos para su colección. Un día venía una caja llena de relojes con compensador de mercurio, al día siguiente artefactos de muelle dieciochescos, incluso compró un gigantesco armatoste de pesas. El sonido que salía de su refugio era una mezcla de muelles, varillas y engranajes. El ruido tan sólo cesaba a las cuatro de la tarde, momento que yo aprovechaba para cerrar los ojos durante un cuarto de hora. Me recostaba en el carcomido sillón de oreja y dormitaba un instante. Siempre el mismo ritual. Hasta que tuvo lugar un misterioso suceso. Una tarde no llevaba ni tres minutos

reclinado sobre el respaldo del sillón cuando sentí una leve presión en mi muñeca. No le di la más mínima importancia, pero al abrir los ojos, mi veterano *Longines* había desaparecido. Tan sólo estábamos Uргуizu y yo en la tienda. Me levanté y llamé a su puerta. Los enormes goznes chirriaron hasta que apareció la figura hercúlea de mi jefe. Llevaba una semana sin verle. En ese momento pensé que su aspecto era aún más saludable que el del primer día. Un objeto metálico colgaba de su mano.

—Toma tu reloj de pulsera. Tenía un retraso de medio minuto por un diapasón defectuoso. Ya lo he sustituido —dijo con indiferencia.

—Estaba dormido, suelo echar una pequeña cabezada —respondí confundido, y me pregunté si era la primera vez que mi jefe hacía algo así.

—Recuerdo el día que grabé este *Longines*. Celebrabas tu primera comunión. Eran las doce y comenzaron a sonar todos los carillones. ¿Qué quieren decir estas palabras? —dijo mirando el envés de la esfera.

—Es personal —dije mientras cogía el reloj con un gesto reflejo. Mi actitud suponía un desafío, el primer enfrentamiento con mi impasible jefe.

—¿Sabías que los relojes pulsera se diseñaron para las mujeres? Los hombres sólo comenzaron a ponérselos en la guerra. Necesitaban saber la hora mientras esperaban en las trincheras. La espera se hace inaguantable. Nunca sabes si ha llegado el momento de morir —. Me guiñó un ojo de forma aterradora, se giró y volvió a encerrarse en su guarida. Aquel día salí antes de allí. Era la primera vez que no cumplía mi horario.

Tras el incidente del reloj, Uргуizu decidió disminuir mis tareas. Las pocas veces que coincidíamos se mostraba iracundo. Mi labor se reducía a ajustar clavijas y balancines. Todos los relojes que tuvieran una avería mayor a un simple diapasón roto debían ir directamente a su cueva. Le dejaba los aparatos en la puerta y él los recogía cuando yo regresaba al mostrador. Muchos de los encargos de mis pocos clientes pasaron el quicio de aquella siniestra puerta, y cuando volvían para recoger el pedido, nuevas arrugas cruzaban sus cuellos. Jamás volví a echarme la siesta para no perder

de vista mi *Longines*. Desde que no dormía esos quince minutos en el sillón, las canas de mi cabeza, que ya comenzaban a extenderse a los brazos, dejaron de poblar mi cuerpo a ritmos forzados. La cadencia de pelo blanco se había ralentizado, pero seguían conquistando mi vello poco a poco.

Una mañana se acercó Don Pablo con su cuco. Tenía una rueda de piñón destruida y el pájaro no podía salir por la puertecilla. Un trabajo de cirugía mayor. Pero no estaba dispuesto a dejar en manos de mi jefe nada que tuviera que ver con aquel entrañable señor.

—Yo se lo arreglaré Don Pablo, vuelva mañana — susurré. Pero en aquel mismo instante Uguizu apareció en escena.

—¿Quieres que te despida? —me gritó con todas sus fuerzas. Cogió el cuco y lo llevó a su escondrijo dejando un portazo tras sus gruñidos.

—Espere aquí un momento, Don Pablo —levanté la voz ante la atónita mirada del pequeño hombre. Me dirigí a la puerta y comencé a golpearla con todas mis fuerzas.

—¡Uguizu, abra la puerta, abra esta maldita puerta! —chillé. Empujé el pomo, y para mi sorpresa estaba abierta. La imagen era dantesca. Uguizu estaba sentado en una pequeña mesa con su monóculo. Le rodeaban cientos de cadáveres de relojes, montones infinitos de piezas: esferas destruidas, engranajes sin estrías, conos de latón, timbres oxidados y números arrugados. Todo eran piezas de clientes. En una estantería vi el oscilador de Doña Asunción. Y sobre la mesa de aquel forense del tiempo yacía el cuco desmontado de Don Pablo. Al lado del cuco, el pulso templado del único reloj vivo de la habitación, el *Bulova* de Uguizu, mostraba sus tripas mientras mi jefe intentaba trasplantar un eje de precisión de un reloj al otro.

—¿Éste era tu truco, Uguizu? —aullé a dos centímetros de su oído.

—Ya sabes que no puedes entrar —respondió extrañamente tranquilo.

—¿Esto es lo que haces? ¿Te quedas con el tiempo de tus clientes? ¿Alimentas tu reloj con las piezas que nos trae la gente? —exclamé. Él ni siquiera se había quitado el monóculo hasta que encajó la pieza del cuco en

su reloj de bolsillo. En aquel momento apareció Don Pablo bajo las jambas. Le sudaban los párpados y caminaba de forma pesada. Cuando se sentó en una de las sillas de aquella cueva inmunda cayó al suelo desplomado.

—¡Lo has matado! —chillé con todas mis fuerzas. Mi jefe continuaba impasible. —Lo has asesinado para quedarte con su tiempo, como hiciste con tu padre —volví a gritar. Uguizu me lanzó una mirada cargada de odio.

—¡Mataste a tu padre y a tus aprendices! ¡Y has tratado de hacerlo conmigo! ¡Por eso me quitabas el reloj! —dije conmovido.

—Por supuesto —rió. —Mira tu reloj y observa el mío.

Miré el segundero de mi *Longines*. El tiempo transcurría cinco veces más rápido que en su *Bulova*. Se había quedado con algunas de mis piezas.

—¿De qué te sirve todo este tiempo robado? ¡No lo utilizas para nada! —le eché en cara.

—Cicerón decía que el tiempo es una cierta parte de la eternidad. Es lo que grabaste en tu reloj cuando eras un crío —respondió.

— ¡Pero tú quieres ser eterno para nada! ¡Sólo porque sí! —grité sobrecogido ante aquel Fausto manipulador.

—Quien domina el tiempo tiene el poder sobre cualquier cosa. Te lo demostraré.

Reconocí una varilla de mi *Longines* sobre la mesa de Uguizu. La tomó con las pinzas y la incrustó en su diabólico reloj.

—*¡Lo has matado! Lo has asesinado para quedarte con su tiempo, como hiciste con tu padre. ¡Mataste a tu padre y a tus aprendices! ¡Y has tratado de hacerlo conmigo! ¡Por eso me quitabas el reloj!*

— *Por supuesto. Mira tu reloj y observa el mío.*

—*¿De qué te sirve todo este tiempo robado? ¡No lo utilizas para nada!*

—*Cicerón decía que el tiempo es una cierta parte de la eternidad. Es lo que grabaste en tu reloj cuando eras un crío.*

—*¡Pero tú quieres ser eterno para nada! ¡Sólo porque sí!*

—*Quien domina el tiempo tiene el poder sobre cualquier cosa.*

Mi jefe sonrió tras volver a sacar mi pieza de su reloj.

—¿Has visto de lo que soy capaz? Yo lo llamo bucle temporal. Y tan sólo es una muestra de lo que puedo llegar a hacer —dijo como quien te enseña un saco lleno de oro. —No tengo más tiempo para ti, Tomás — musitó entre dientes. Entonces vi en sus manos un rubí rojo como el demonio. Era el corazón de mi *Longines*, que había sido trasplantado y seguramente un simple cuarzo ocupaba su lugar. Cuando Uргуizu se disponía a encajar mi rubí en su *Bulova* me abalancé sobre él, cogí el reloj y lo estampé contra la pared. El aparato se hizo añicos. Los intestinos de aquel artefacto mostraban diminutas piezas provenientes del vientre de cientos de relojes. Uргуizu se apresuró a recogerlas del suelo.

—¿Qué has hecho? —preguntaba con una voz temblorosa y quebrada, como si hubiese perdido su energía vital.

—A los vecinos les rapiñabas meses, pero a los aprendices nos robabas años. ¿Qué hiciste con aquel chico desaparecido? —dije sin compasión mientras se retorció en el suelo.

—Se marchó al mar. Quería ver el océano antes de morir. Me robó algunos relojes y huyó. No sé más —señaló Uргуizu con un hilo de voz.

En un arrebato de rabia Uргуizu salió de su habitáculo y comenzó a parar todos los relojes de la tienda, a detener lo imparable. Se incorporó un instante e hizo saltar por los aires los cristales, las manecillas, los números romanos, las esferas, los péndulos, los tornillos. Todo. Se puso frente a la ventana, a contraluz, donde estaba su reloj de sol medieval. Uргуizu se asomó a la claraboya. El rayo de luz que marcaba las doce en punto del mediodía iluminó su pecho. El reloj de sol se quedó a oscuras mientras las campanadas de la iglesia se quejaban en un gemido histérico. Uргуizu se arrancó la camisa con furia y su torso se tiñó de un rojo intenso. Se frotó el pelo y abrazó su cuerpo desnudo bajo el baño escarlata. Cayó yermo mientras protegía su cabeza con las rodillas. Uргуizu estaba inmóvil en el

suelo. Su sombra formaba un garabato indescifrable en la herrumbre dorada del crepúsculo. Me agaché y le tomé el pulso. De su mano cayó un cuarzo y su corazón dejó de latir. Cientos de tic-tac retumbaban en las paredes al ritmo de las campanas de los carillones. El tiempo lo había matado, pensé. Dedicó su vida a luchar contra él y murió de viejo. Cronos vengó la afrenta convirtiendo en polvo aquella soberbia humana que desafió al destino.

Tras el infarto nadie se puso en contacto con la relojería. Uguizu y su padre no tenían más familia. Era como si ambos nunca hubieran existido, o quizá, como si hubieran existido siempre, durante tantos años que nadie hubiera sobrevivido a su longevidad. El juez dictaminó que el Estado se quedaría con todas aquellas antiguallas romanas, medievales y renacentistas y pasarían a formar parte del museo de la ciudad. Las autoridades decidieron dejarme a mí el taller. El día de la inauguración vinieron todos mis conocidos. La tienda estaba a rebosar. Cuando me disponía a despedir a los invitados se me acercó un anciano. Me fijé en sus manos. Sus dedos estaban cuarteados desde la uña hasta el nudillo.

—Es por culpa de la sal, lo estropea todo —dijo. Entonces sonrió y me susurró unas palabras apenas imperceptibles. —No se le olvide que nada es eterno, amigo —dijo el viejo marchándose de la relojería.

¿Qué haría ahora con la cueva de Uguizu? Abrí la puerta. Sus bisagras me recibieron con ese chirrido familiar. Me senté en la mesa del viejo. Aún estaban allí las piezas del *Bulova*. Movidamente por un impulso irracional comencé a montar el reloj de una forma refleja. Un ruido me sacó de mi estado semihipnótico y escondí el *Bulova* con un rápido movimiento. Un joven rubio y pálido entró en la estancia. Era Iñigo, el hijo de un amigo de mis padres. Lo único que sabía de él es que estaba en paro y se había ido de la ciudad en busca de trabajo sin demasiada suerte, por lo que había vuelto a la casa paterna. Agaché la mirada. Llevaba un *Lotus* precioso. Sería mi aprendiz. Lo cogí de la muñeca y lo saludé mirándole a los ojos.

—Por ti no pasan los años, Iñigo.

